

El recuerdo

C U E N T O P O R M I G U E L D E L I B E S

SE levantó de la mesa y, después de apagar todas las luces, prendió un cigarro y se repantigó en un ingente butacón, frente a la chimenea. En ésta brillaba una fogarata alegre, de leños de pino entrecruzados, que crepitaba como una minúscula ametralladora cuando las llamas lamían algún brote verde, con la savia vivificante líquida aún. Un enorme perro manchado que dormitaba junto al fuego abrió un momento los ojos lánguidos, casi bovinos, y medio a rastras fué a tumbarse en la muelle alfombra, pegado a los pies de su dueño.

El hombre quedó un instante con la mirada perdida y acarició inconscientemente el lomo

del animal. Luego, recostó la cabeza en el respaldo del sillón y contempló absorto el brillo tembloteante, vivaz, del fuego. Las llamas se alargaban, remitían, con su fluctuación de cosa animada. El hombre se inclinó maquinalmente, tomó en la mano una licorera de una mesita adyacente y vertió en un vaso unas gotas de líquido. Bebió sin ganas y se recostó otra vez, pretendiendo tranquilizarse. Dió una fumada y expelió el humo contrayendo las facciones, como si ello le supusiese un esfuerzo sobrehumano. Seguidamente entornó los ojos y permaneció unos instantes inmóvil, en un estado de abúlica dejadez.

Por la calle, entre los espectros agarrotados de los plátanos relucientes de escarcha, pasaban varios hombres entonando pésimamente una vieja canción de Navidad. Una racha de aire helado hasta el balcón los tañidos jubilosos de una campana. El hombre se estremeció. El perro enderezó sus cortas orejas y emitió un ronco gruñido de disgusto. La mano velluda del hombre le acarició el cráneo, y sus labios se entreabrieron:

—Calla, *Godoy*. Cálmate. ¿Estás loco?

Fué al oír su propia voz, su voz impar, sin respuesta, la que le imbuyó una más cabal conciencia de su ineluctable aislamiento. No obstante, su cerebro no discurría esta noche con fluidez: había algo que agarrotaba el claro raciocinio, que achataba su habitual agudeza. "Cálmate. ¿Estás loco?", se repitió para sí, con voz ronca, y frunció el ceño tratando de entrever algo a lo lejos, más allá de la niebla. Simultáneamente experimentó un raro vértigo al sentirse solo en aquella Nochebuena, y sus dedos se crisparon sobre los brazos del sillón. Algo como una nube sin forma atravesó ante su vista y le hizo cerrar los ojos. "Bah, he bebido mucho; he bebido demasiado. Soy un borracho impenitente", se dijo en un murmullo ininteligible.

De improviso, su cabeza se precipitó en un discurso vertiginoso, incoherente. Notó él cómo su mente se poblaba de vagas añoranzas, se extraviaba entre las formas oscuras, cambiantes, de una melancolía irreprimible. Entonces, repentinamente, recordó a Julia, su primer, su único amor, aquel impulsivo amor que hiciera vibrar agitadamente su corazón de estudiante.

Volvió a oírse la campana en un convento, y el hombre volvió a estremecerse. A sus oídos llegaba también el estridente griterío de la servidumbre celebrando la Nochebuena. La conciencia de su soledad le produjo un extraño mareo. Nadie, esta noche, se sentiría tan solo y abandonado como él. Habría gentes que se reunirían para repartirse un simple mendrugo de pan, pero lo comerían en común, en el seno de una cordial convivencia. La frente del hombre se ensombreció. En el fondo reconocía que sólo él era el responsable de su actual aislamiento. Veinte años atrás, su vida pudo tomar otro rumbo; pero él, voluntariamente, lo desechó, movido por el criterio absurdo y egoísta de que el hombre sólo puede dar de sí cuanto lleva dentro conservando su innata autonomía. A Julia la amó. Se amaron ambos durante tres años, al calor silencioso y recoleto de aquella vieja ciudad castellana. El era un estudiante y ella una hija de familia, dulce y modesta, incontaminada. En primavera y otoño paseaban por el parque silencioso cogidos de la mano y, sentados en un banco, temblaban mutuamente al transmitirse, en un murmullo, sus inefables confidencias. En los rigurosos inviernos de la meseta, pasaban las tardes arrinconados en un reservado de la pastelería de la Calle Mayor. Había muchas parejas alrededor de ellos, pero allí nadie estorbaba a nadie; cada pareja era un mundo redondo y acotado, impermeable para los demás. Y lo curioso era que cada uno de aquellos mundos elementales era exactamente igual a los circundantes, aunque cada cual creyese que únicamente él estaba en posesión de la verdad.

El hombre se excitaba bajo el incentivo de estas remembranzas. Constató su impoten-



ESPLANDIU

cia para desviar el curso de las cosas. El tiempo, implacable, marchitaba los hombres y las ilusiones, fijaba indeleblemente el cauce de una vida...

Sí; sólo él fué el culpable de la ruptura con Julia. Y él sabía, además, cuánto había habido en este hecho de premeditado y consciente. Había sentido miedo, un terror injustificado a encadenar su vida, a sujetarla a un ritmo meticuloso, monótono y vulgar. Deseaba volar muy alto, donde ninguno de sus compañeros alcanzaría, y para ello precisaba desembarazarse del lastre de la mujer. Consumadas sus esperanzas, habría muchas Julias al alcance de su mano, muchas, innumerables Julias donde elegir.

Y un día la atropelló. Estaban solos en un rincón de la pastelería, y él intentó besarla. Julia le rechazó. Insistió él torpemente, con la avidez descompuesta que hace ostensible el predominio del bruto. Ella interpuso su mano entre los labios de ambos y estalló, acongojada: "Cálmate. ¿Estás loco?". Comprendió él que su amor acababa de romperse y, mentalmente, se alegró de ello. Nunca más volvió a verla. Se dedicó en cuerpo y alma a sus libros, concluyó brillantemente la carrera y desapareció de la ciudad. Las cosas le fueron bien. Ganó dinero en la profesión, lo arriesgó con éxito en los negocios, montó una existencia de lujo y dispendio y olvidó por completo las sordideces y los inefables pasatiempos de su vida de estudiante. Mas de repente, esta noche, su mente, entre los neblinosos vapores del alcohol, se remontaba veinte años atrás y sentía una viva nostalgia de los viejos tiempos, un vehemente deseo de compañía.

Un grupo de niños regresaba de la misa del Gallo entonando villancicos. *Godoy* entreabrió los ojos y gruñó otra vez. El hombre le golpeó impaciente la cabeza:

—Calla, *Godoy*. Cálmate. ¿Estás loco?

"Cálmate. ¿Estás loco?", se repitió. Y sus ojos, dilatados por la repentina asociación de ideas, se clavaron fijos, inmóviles, en las ascuas brillantes de la chimenea. Inopinadamente se puso de pie de un salto, se pasó la mano por la frente sudorosa y farfulló: "¡Basta, basta!".

En la pausa subsiguiente oyó la voz de *Claudia*, la cocinera, cantando una "jota". También alcanzaba ahora débilmente sus oídos la música de una "radio" lejana. Paseó nervioso y vacilante a lo largo de la alfombra. Al cabo, regresó junto a la mesita y escanció otro vaso de licor que apuró de un trago. Tornó a pasear, y luego bebió dos vasos más. *Godoy*, desde el suelo, entreabría sus ojos soñolientos y le miraba. El hombre se sintió cohibido bajo esta vigilancia, bajo el cerco asfixiante de los dos ojos del animal, que parecían echarle en cara su cobardía, y le volvió la espalda; mas el perro se levantó y buscó cachazudamente un nuevo punto de observación.

La calle se poblaba de rumores vitales, y el contraste de este calor de intimidad con el rigor del clima ofreció al hombre el auténtico, insobornable, sentido de la Navidad. Este sentimiento le imprimió una exaltada cólera. Le indignaba el rotundo contraste de su soledad con el grato calor de entendimiento y amor que emanaban aquellos grupos oscuros que transitaban por la calle. ¿Por qué él no tenía y disfrutaba de ese derecho innato de cada hombre a la compañía? Y de nuevo recordó a Julia, la torpe ruptura y, en consecuencia, el rebote de su conducta egoísta volviéndose contra él. No; él no tenía ningún derecho a la compañía; era éste un derecho al que espontáneamente había renunciado. Entonces, ¿qué? Se le hizo dura, áspera, insoportable, la soledad, aquella soledad con música de amor y convivencia al fondo. Bebió otro vaso y experimentó una extraña debilidad en las rodillas. *Godoy* se rebulló inquieto, y tornó a gruñir. Fuera de sí, el hombre se acercó a él y le dió un brutal puntapié en el lomo:

—¡Calla! ¡Calla! ¿O es que te has vuelto loco?

No pudo reprimir un movimiento salvaje

de desahogo, y arrojó con toda su fuerza el vaso vacío que conservaba en la mano contra el hueco incandescente de la chimenea. El cristal se quebró con un chasquido, y el hombre vaciló sobre sus piernas. *Godoy* le veía hacer con su mirada sumisa, sanguinolenta. Una profusión de imágenes extrañas, angustiosas, revoloteaban en la mente excitada del hombre. Sentía una presión rara en las sienas, una trepidación demasiado frecuente y descompasada. Se sujetó la cabeza con las dos manos y se aproximó al perro, inmóvil a sus pies:

—Sí, estás loco. ¿Verdad, *Godoy*? ¿Quién no está loco en esta casa? Cálmate, cálmate. ¿Estás loco? Y no me calmé. ¿Comprendes ahora? Lo eché todo a rodar, como si aquello que tenía entonces no valiese la pena. Como si entrase en mis posibilidades reproducirlo todo, tal como era, en el instante en que me fuera preciso. No sé si me comprendes, maldito, o...

El perro levantó la cabeza y emitió un aullido astimero. El hombre se enfureció. Tenía el rostro lívido y las manos le temblaban, activadas por un sentimiento mezcla de rabia y de impotencia. "Cálmate, cálmate. ¿Estás loco? ¿Estás loco?". Las ideas chocaban bajo su cráneo perturbándolo, ocasionándole una huella dolorosa. E, insesatamente, atribuía su inquietud

y su malestar a la inmutable mirada de *Godoy*. Una nueva canción que ascendió *in crescendo* desde la calle terminó de ponerle fuera de sí. Ante sus ojos vió un momento el rostro sereno de Julia, conteniéndole: "Cálmate. ¿Estás loco?". Pero tampoco esta vez le hizo caso. Vacilando, dió dos pasos hacia el bagueño que se alzaba frente al balcón, abrió una de sus gavetas con movimientos desmanotados y extrajo de ella una pistola. Todo se difuminaba en derredor; desaparecían ante su mirada turbia los contornos de los muebles y de los objetos, y sólo descubrió, gigantesco y rotundo, a tres metros de distancia, el cuerpo manchado de *Godoy*. Y *Godoy*, sus ojos sumisos, implorantes, eran para él los únicos culpables del caos infernal que bullía en su cerebro. Le apuntó cuidadosamente con el arma y, en seguida, disparó. El perro dió un gran brinco, y él, enloquecido, cerró los ojos y disparó tres veces más. "Así, así—rugía—; cálmate de una vez. ¿Estás loco?"

El hombre avanzó torpemente hacia el sillón y se desplomó sobre él. En torno habían cesado todos los ruidos. Tan sólo alcanzaba sus oídos el repique, casi inaudible, de un campanario lejano.

ILUSTRACIONES DE ESPLANDIU

